

El proceso de Geismar

El rostro de Alain Geismar —blanco y patético como el de Orson Welles joven— apareció por primera vez para el gran público en las jornadas revolucionarias de mayo de 1968. Ingeniero de Minas, profesor auxiliar en la Facultad de París, hablaba en nombre de los profesores. Era entonces secretario general del Sindicato Nacional de Enseñanza Superior —S. N. E.-Sup.—,



Alain Geismar.

y su vida política seguía ya una lenta inclinación hacia la izquierda: de la familia burguesa, acomodada, había comenzado en el partido socialista, para pasar a la facción autónoma disidente (P. S. A.), de ahí a otra disidencia (el Partido Socialista Unificado) y luego abandonarla para aproximarse —sólo aproximarse— al partido comunista. Luego se dedicó al sindicalismo. Paralelamente, su carrera era brillante, como lo habían sido sus estudios. Su voz —reclamando la reforma de estructuras, el cambio total de la Universidad— era escuchada en los círculos interiores. En marzo de 1968, en una discusión pública con el ministro de Educación, había advertido que si la reforma universitaria no se realizaba pronto, la protesta saldría a la calle. En el mes de mayo la protesta, efectivamente, salió a la calle, y Alain Geismar se sumó rápidamente a los estudiantes: a Cohn-Bendit, a Sauvageot. Formó con ellos el triunvirato de la revolución. Proclamó la huelga general de los profesores y fue seguido. Su último paso hacia la izquierda había sido dado. Repudiando al partido comunista por moderado, por «integrado en el sistema», Alain Geismar inició el movimiento de la Izquierda Proletaria (Gauche Proletarienne), algunas de cuyas tesis procedían directamente del maoísmo, acusado de «grupúsculo» por los comunistas y disuelto por el poder.

La reacción, terminado el movi-

miento de mayo, desposeyó a Geismar de la secretaría general del Sindicato; terminó por excluirse de él totalmente y dedicar su trabajo político a la reunión de la izquierda revolucionaria. Según él, esta unidad sólo podía realizarse en la acción, como había sucedido en mayo de 1968. Fue asumiendo las teorías de Mao. «El poder está al otro extremo del fusil», frase de Mao, fue el lema de su libro «Hacia la guerra civil», publicado a principios del año 1969. En mayo de este año, tras el juicio y condena de los directores del periódico «La Causa del pueblo», Geismar pronunció una alocución en la que pedía manifestaciones callejeras: fue escuchado, y en las manifestaciones hubo violencias. De acuerdo con las nuevas leyes de seguridad, Geismar fue procesado por «provocación directa, seguida de hechos, a violencias y vía de hechos contra los agentes de la fuerza pública». Al mismo tiempo se le procesaba por intento de reconstruir una organización prohibida, la Izquierda Proletaria. La vista del primer proceso acaba de celebrarse en la XVII Cámara Correccional. La del segundo está señalada en el Tribunal especial llamado de Seguridad del Estado.

CINCO MIL GUARDIAS

Durante los días del proceso, el ministro del Interior, Marcellin —que, citado como testigo, ha excusado su comparecencia— ha puesto en marcha un plan que, según una agencia francesa, se denomina «Plan Secreto para el Mantenimiento del orden». Cinco mil guardias rodeaban el Palacio de Justicia, y la sala estaba casi totalmente ocupada por inspectores de paisano. Helicópteros, coches de bomberos, coches-radio y motoristas participaban en la operación. Las estaciones de «metro» próximas al Palacio de Justicia fueron cerradas —los trenes pasaban sin detenerse— y fue-

ron canceladas. Los disturbios han sido escasos y se ha efectuado un centenar de detenciones.

Alain Geismar ha podido hablar durante cerca de una hora en la sala del Tribunal. Más que defenderse, ha realizado una requisitoria contra la sociedad que le juzgaba: Gobierno, leyes, prisiones Universidades, fábricas, el Ejército y la misma calle son, para él, víctimas e instrumentos de una dictadura. «Ved —dijo, refiriéndose a los trabajadores de París— cómo los negros vacían vuestros cubos de basura; pronto vaciarán los cargadores de sus fusiles en vuestros vientres. Pronto la bandera del Poder Popular flotará sobre París, y podremos construir la Francia del pueblo sobre las ruinas de la Francia del franco. La disciplina de las fábricas será sustituida por el estímulo del interés de todos. Todos ayudarán a todos: obreros, intelectuales, escritores, artistas. Los obreros dominarán, y los estudiantes vendrán a aprender a su lado, trabajando con ellos en los campos y los talleres. Todos tendrán derecho a la vida, al pan, a las rocas. Es un mundo real, no un mundo utópico, y lo vamos a construir, como ya se está construyendo en China».

SARTRE NO COMPARECE

Tras escucharle, el fiscal pidió el rigor máximo de la ley. Este rigor máximo es el de tres años de prisión, pero el Tribunal, tras su última deliberación, pronunció una condena de dieciocho meses. Geismar tiene un plazo de diez días para recurrir, y, al mismo tiempo, debe preparar su proceso ante el Tribunal de Seguridad del Estado. Pero es posible que en éste permanezca silencioso. La Izquierda Proletaria, aunque recusa el funcionamiento actual de los Tribunales de Justicia («Mi justicia es otra, y ustedes sólo representan a la burguesía», dijo Geismar a sus jueces), los recono-

cen y se defienden en ellos, pero, en cambio, no admiten los Tribunales especiales, como el de Seguridad del Estado. No nombran abogados y permanecen silenciosos durante los juicios.

Jean-Paul Sartre estaba citado como testigo en la última sesión. No compareció. Envío en su lugar una carta al Tribunal diciendo que no había sido escuchado en los juicios en que había asistido como testigo y que, por lo tanto, consideraba su presencia inútil. Anunciaba que lo haría en la calle, y, en efecto, se fue a las fábricas Renault y expresó sus puntos de vista ante los obreros. «Hace cincuenta años —dijo— que los obreros y los intelectuales están separados, y esto debe terminar». Sartre sostiene desde hace tiempo que tan culpable es él como los detenidos de la Izquierda Proletaria y de otros movimientos de la nueva izquierda, que las mismas provocaciones a la rebelión las hace él, y que también trata de reorganizar los partidos prohibidos y clandestinos. «¿Por qué no se me detiene a mí?», exclama Sartre. Su propia respuesta es que la Justicia y la Policía no quieren crear el escándalo de encarcelar a una figura de renombre universal y, en cambio, ejercen su rigor sobre militantes oscuros. ■ JUAN ALDEBARAN.

Sartre estaba citado, pero no asistió. Envío una carta al Tribunal diciendo que no había sido escuchado en los juicios a los que había asistido como testigo y que, por lo tanto, consideraba su presencia inútil.



Cárdenas: el último de la revolución

Lázaro Cárdenas —muerto el 19 de octubre, a los setenta y cinco años de edad— era el último superviviente de la revolución mejicana. A los diecisiete años había comenzado a cabalgar, estampa viva de los hombres de Pancho Villa: rostro cetrino —sangre india—, grandioso bigote, enorme pistolón, luchando primero contra Carranza, luego a su favor y al del fallido soñador Madero, para oponerse a la contrarrevolución de Huertas. Paso a paso, el hijo de un peón de Jiquilpán, el aprendiz de tipógrafo, fue ascendiendo en los grados del ejército sin dejar de cabalgar y de combatir, vio degradarse y perderse la revolución, vivió la amargura y el sobresalto de la clandestinidad, y, luego, la esperanza de la revolución resucitada por otro personaje legendario, el General Calles —Plutarco Elías Calles—, sucesor de Obregón —que había sido asesinado en 1928— y decidido, como dijo, a que la «revolución tuviese rostro socialista». Con Calles de Presidente, Lázaro Cárdenas entró en la política. Cuando Calles se retiró manejaba aún desde Cuernavaca Presidentes, generales, ministros. Se dijo que su

rancho era la capital del país. Cárdenas fue sucesivamente gobernador de Michoacán —que había sido fundación de sus antepasados los indios tarascos, a cuya herencia debía Cárdenas el porte y el tipo: masivo, silencioso, amplia y pétrea frente, ojos de mirada lejana y profunda—; ministro del Interior, ministro de la Guerra. Cuando Calles decidió que Cárdenas fuese Presidente, lo fue. Era en el año 1934. Pero Lázaro Cárdenas no quiso ser el hombre de Calles, ni el simple representante del envejecido y esclerotizado grupo de los ex combatientes de la revolución. Cárdenas barrió el anticlericalismo que habían mantenido los viejos revolucionarios, pero también restableció la fuerza sindical —apoyándose en Vicente Lombardo Toledano, comunista prosoviético— y decidió por primera vez la reforma agraria, que Calles había desechado. Cárdenas repartió veinte millones de hectáreas, redistribuyó los latifundios, creó los ejidos, o explotaciones comunales, y, en suma, hizo comprender al abandonado sector agrario que la revolución significaba algo más que una retórica de aniversario. El pacto con la Iglesia, el apoyo en los obreros industriales, a los que dio por primera vez un sindicalismo honesto; la adhesión de los campesinos, le dieron base para ser realmente el hombre fuerte del país. Así asegurado, emprendió la obra más difícil de su vida: la nacionalización del petróleo, en 1936. Gran Bretaña rompió entonces las relaciones con Méjico. Los Estados Unidos prefirieron utilizar las presiones económicas y las manipulaciones políticas. Pero Cárdenas creó la «Pemex» —petróleos mejicanos—, y la Financiera Mejicana, destinada a inversiones estatales para la creación de industrias y la expansión del sector secundario. La experiencia no tenía precedentes en América Latina, ni tuvo imitaciones hasta la revolución de Cuba (Cárdenas se consideraba a sí mismo como precursor de Castro). Pero tampoco dudó en enfrentarse con Stalin: concedió asilo a Trotsky y le dotó de protección (finalmente inútil, pues que, como se sabe, Trotsky fue asesinado en Méjico). En 1939 abrió su país a los exiliados españoles, y no sólo mediante la concesión de derecho de asilo, sino abriéndoles las puertas a los puestos de trabajo. Entre estos exiliados Cárdenas es una figura inolvidable. En 1940 Cárdenas cesó en la Presidencia, comenzó su decadencia y comenzó también la degradación de la revolución. La presión de Estados Unidos y la Segunda Guerra Mundial, luego la guerra fría, variaron el panorama político de Méjico. Retirado desde 1945, Cárdenas fue todavía una esperanza de la izquierda. En 1955 le dieron el Premio Lenin de la Paz; en 1966, Bertrand Russell le nombró del Tribunal de Estocolmo que debía juzgar los crímenes de guerra en Vietnam. Se dice que aún ejercía una enorme influencia sobre los círculos gubernamentales, y que a ella se debía el que Cuba continuase siendo reconocida por Méjico —aunque el reconocimiento era puramente formulario—. Se ha dicho también que

Lázaro Cárdenas era el último obstáculo que quedaba para que se iniciasen relaciones diplomáticas normales entre Méjico y España, y que, al morir, las negociaciones ya entabladas avanzarían rápidamente.

La muerte de Belkacem

La revolución argelina acaba de devorar uno de sus hijos: Krim Belkacem, asesinado en un hotel de Franckfort. Cabileño —de la Kabilia, la zona montañosa que suministró los más bravos guerrilleros en



Krim Belkacem.

la guerra de independencia—, hijo de un guardia jurado, cabo del ejército francés, Krim Belkacem se incorporó a la lucha en 1947: tuvo fama de duro. En 1956 fue uno de los miembros del Consejo Revolucionario de Unidad de Acción, que reunía a los «jefes históricos» —casi todos asesinados o dispersados después—, y luego ministro de la Guerra con Ben Bella, después de haber dirigido las negociaciones de Evian para la independencia de su patria. Su primera rebeldía fue la ruptura con Ben Bella, de la que partió al exilio en 1962. Tras el golpe de Bumedian, Krim Belkacem regresó a Argel, pero se rebeló de nuevo y tuvo que regresar al exilio. Desde el extranjero, Krim Belkacem dirigía una fuerza argelina de oposi-

ción, que en el interior parece tener sus principales raíces en la Kabilia. El año pasado, un Tribunal de Orán condenó a muerte a Krim Belkacem —y a otros cincuenta acusados—, por haber solicitado ayuda de Estados Unidos y de Israel para derribar por la fuerza el gobierno. La idea general de Krim Belkacem y su MDRA era la de crear una «Suiza mediterránea», un país neutral, liberal y democrático, pero creía que el terrorismo y la violencia eran los únicos caminos posibles para tomar el poder en Argelia. Hace unos días salió para Franckfort, donde tenía una cita de carácter más bien misterioso. Sus amigos que le vieron por última vez dicen que Belkacem se mostraba profundamente preocupado por esta cita, cuyos detalles no dio. Se alojó en

el hotel Intercontinental, junto con otros tres norteamericanos. Ha sido hallado estrangulado, y los otros tres hombres han desaparecido. Se vuelve a emitir, con respecto a este asesinato, una hipótesis que ya circuló cuando otro jefe histórico, Mohammed Jidder, fue asesinado en Madrid, hace tres años: la existencia de un tesoro de varios millones de dólares, recaudado en la época de la guerra de independencia y que nunca ha sido llevado al país. Por ese tesoro, se dice, lucharían los exiliados. Hay quien supone que esta explicación es mítica y se dirige a encubrir los asesinatos como un «arreglo de cuentas» entre los miembros de la oposición, de forma que al mismo tiempo que se les desprestigia se trata de privar a los asesinatos del carácter político.

